ARXIU D'ETNOGRAFIA
DE CATALUNYA
Pl. Imperial Tàrraco, 1
Apartat de Correus 158
43001 TARRAGONA. Telèfon 22-52-54
Novembre 1992

UNIVERSITAT ROVIRA I VIRGILI
Àrea d'Antropologia Social
TARRAGONA

PAPERS D'ANTROPOLOGIA 3

LA ANTROPOLOGIA SOCIAL FRENTE AL ANALISIS DE PROBLEMAS SOCIALES EN EL PROPIO CONTEXTO CULTURAL.

Reflexiones acerca de España.

DOLORS COMAS D'ARGEMIR

Ponència presentada a l'Encontre du Creusot (França): "Ussages sociaux de l'Ethonologie" (Juny-juliol 1992)

EL CONTEXTO

Una reflexión sobre las orientaciones de la Antropología frente al análisis de problemas sociales forzosamente ha de tener en cuenta el contexto en que se desarrolla la práctica de la investigación. Esto implica considerar dos dimensiones complementarias: la situación actual de la sociedad española y la forma específica del desarrollo de la Antropología Social en España. Son aspectos que caracterizaremos brevemente. La intención no es insistir en las dimensiones particulares del caso español, frente al de otros países, sino presentar los factores que cristalizan en una determinada forma de pensar y de hacer Antropología. El objetivo es discutir algunos problemas relacionados con la práctica de la Antropología y con los fundamentos epistemológicos de la disciplina.

Lo más destacable respecto a la sociedad española es la rapidez con que han tenido lugar grandes mutaciones políticas y sociales, que han implicado cambios profundos de prácticas y de mentalidad. En el espacio de unos treinta años se ha producido la industrialización y urbanización de amplias zonas del país, que han ido acompañadas de enormes trasvases de población, así como de rápidos procesos de movilidad social y de secularización. Si a ello añadimos los cambios de régimen político, el reconocimiento de la especificidad regional (con la organización del estado en comunidades autónomas), así como una rápida y significativa liberalización de costumbres y patrones de relación tenemos los elementos fundamentales de un contexto que ha generado cuestiones y problemas sociales nuevos. No parece necesario hacer aquí una enumeración de todo ello, ya que la mayor parte de las cuestiones sociales planteadas son comunes a otros países de Europa. Lo específico del caso español es que han venido precipitadas en un plazo de tiempo bastante corto, lo que las hace más difíciles de asimilar. En muchos casos se han perdido los eslabones que unen viejas y nuevas formas, con lo que ello implica de pérdida de referentes y desestructuración. Por ello las mutaciones sociales no sólo han implicado retos y propuestas creativas; han implicado también problemas y dificultades. Las ciencias sociales, y entre ellas la Antropología, han sido requeridas como fruto de estas demandas.

La reinstitucionalización de la Antropología se produce en este mismo contexto de cambios y es fruto de él. Durante el franquismo las ciencias sociales y humanas habían pasado por unos años particularmente difíciles, ya que o bien habían sido eliminadas del panorama universitario, o bien habían sido sometidas a los principios ideológicos del régimen. Por lo que respecta a la Antropología, hay que destacar a Julio Caro Baroja, que durante estos años trabajó prácticamente en solitario. A finales de los años sesenta C. Esteva Fabregat y C. Lisón-Tolosana introducen en las universidades de Barcelona y Madrid respectivamente los primeros estudios de Antropología Social. Tras ellos se integrarán nuevos antropólogos, muchos de los cuales adquieren o amplían su formación en el extranjero (básicamente en Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos). Por otra parte, durante estos mismos años se produce un acceso masivo y sin precedentes de nuevas capas sociales a los estudios universitarios, lo que genera una demanda importante de docentes e investigadores: el contexto es propicio para que los pequeños núcleos iniciales de antropólogos crezcan y se amplíen. Muchos profesionales de mi misma generación son fruto de este proceso y constituyen el grueso de los actuales académicos en las universidades españolas. No ha habido una transición, no ha habido "escuelas". Las rupturas se manifiestan también en la instauración misma de la Antropología Social.

Quisiera destacar algunas paradojas de este proceso en relación a la evolución misma de la Antropología como disciplina. Los antropólogos españoles que se formaron en el extranjero fueron animados por sus respectivos tutores a hacer sus trabajos de campo en España (lo mismo sucede con los de origen italiano, griego, portugués, etc.). Era una decisión que solía responder a cuestiones prácticas, básicamente relacionadas con los problemas de financiación del trabajo de campo. Pero se trata de un punto de inflexión interesante. Supone, por una parte, reconocer como legítimos los terrenos europeos y esto en los años cincuenta o sesenta era bastante novedoso. De hecho, los países del sur y este de Europa se consideraron suficientemente "exóticos" o "distintos" como para iniciar en ellos un trabajo de campo. Pero que este trabajo sea hecho por antropólogos autóctonos supone, por otra parte, una especie de ruptura con la forma tradicional de entender la práctica profesional del antropólogo, preparado para desplazarse a lugares lejanos y estudiar, por definición, "otras culturas". Sólo recientemente (y no de forma totalmente aceptada) esta ruptura ha sido incorporada como elemento de reflexión para los fundamentos epistemológicos de la disciplina. ¿Qué ventajas e inconvenientes plantea que el antropólogo estudie la sociedad de la que forma parte? No tanto para él o para ella, sino para la misma academia. ¿No supone tal vez un reconocimiento implícito de la dificultad de aprehender culturas muy diferentes a la propia? ¿No se convierte el antropólogo autóctono en mediador, puesto que tiene la formación de la academia y un conocimiento empírico más eficaz? ¿No es eficaz precisamente en tanto la etnografía así realizada queda subsumida en la propia academia que la ha propiciado? Y si los supuestos de la academia no quedan alterados, ¿no marca esta práctica la frontera entre los "auténticos" antropólogos y los que investigan en su propio país? ¿Cuál es la identidad de la Antropología?

Pero volvamos al hilo inicial. Tal como señala Prat (1991) en una presentación de síntesis sobre los aspectos teórico-metodológicos de la Antropología en España, la mayor parte de antropólogos españoles hemos hecho trabajo de campo en nuestro propio país. Inicialmente buscamos comunidades campesinas de pequeño tamaño, o bien grupos sociales y/o minorías con clara especificidad cultural. Dicho de otra forma, buscamos aquel terreno que mejor se asimilaba a lo que definía la forma de trabajar de la Antropología. Teníamos muchos puntos en común con nuestros colegas británicos, norteamericanos o franceses que hacían sus investigaciones en España: un mismo lenguaje académico y una misma metodología, principalmente (Prat, 1985-86). Pero muchos factores de tipo estructural nos separaban también, relacionados sobre todo con la distribución del poder profesional. No quiero ahora extenderme en este punto, porque nos alejaría del eje central de discusión. Lo que deseo señalar es que al cabo de unos años bastantes antropólogos españoles cambiamos de terreno, incorporando el estudio de ámbitos urbanos y empezando a trabajar sobre distintos temas relacionados con cuestiones sociales cruciales. Pienso que en muchos casos no fue ésta una decisión consciente ni premeditada, sino que respondía a una preocupación profunda por los cambios sociales que se estaban produciendo. Pienso también que no era nueva, pues esta misma preocupación estaba presente en nuestras investigaciones sobre el campesinado. Con la distancia de los años transcurridos, puede decirse, pues, que fue una consecuencia lógica el que muchos antropólogos españoles pasáramos a analizar problemas claves y centrales de la sociedad en que vivimos. Y como resultado de ello, muchos de nuestros estudiantes siguen esta misma línea. Esto ha obligado a resituarnos en la manera de practica y entender la Antropología. Pero, volviendo a una pregunta que antes he formulado ya: ¿dónde está la identidad de la Antropología?

El Departamento del que formo parte, en Tarragona, puede servir para ilustrar esta evolución específica de la Antropología en España, ya que es producto de ella. Las líneas de investigación existentes se desarrollan mayoritariamente (pero no exclusivamente) en España y se refieren todas a cuestiones sociales de distinto tipo: movimientos religiosos, procesos migratorios e identidades colectivas, cambios en la relación familia-trabajo, salud-enfermedad y formas de asistencia. A partir de este punto de referencia realizaré una especie de auto-reflexión sobre nuestro trabajo como grupo (aunque para algunos aspectos concretos me referiré a mis propias investigaciones), como medio para analizar algunos problemas relacionados con la práctica etnográfica y con los fundamentos epistemológicos de la disciplina.

SOBRE LAS DIMENSIONES HUMANISTAS DE LA ANTROPOLOGIA

A partir de lo que acabo de exponer podría deducirse que los antropólogos que trabajamos en el propio país somos más sensibles a los problemas sociales y que, por tanto, estamos más predispuestos a incorporarlos a nuestras investigaciones. Dado que en los últimos años ha tendido a aumentar el número de profesionales que practican lo que los británicos llaman "anthropology at home", se ha tendido a reificar las diferencias entre los antropólogos autóctonos y los extranjeros en el terreno. Así los antropólogos autóctonos parecen tener la ventaja de una mayor eficacia en el trabajo de campo, puesto que no han de gastar tiempo en adquirir la competencia lingüística y cultural que, en cambio, precisan los extranjeros. Tienen como peligro, sin embargo, la falta de distancia respecto al objeto de estudio, lo que les hace ser más volubles y maleables a la demanda social, con el riesgo de que sea ésta la que determine la construcción del objeto de estudio, cayendo al mismo tiempo en un excesivo pragmatismo y empirismo.

Considero que la división entre antropólogos autóctonos y extranjeros no es relevante para las cuestiones más fundamentales. Puede serlo a nivel práctico, desde luego. Además, los antropólogos autóctonos suelen ser más accesibles para las instituciones y medios de comunicación locales, por lo que son más requeridos para divulgar sus trabajos, o para hacer estudios concretos. Por lo demás, no hay diferencias substanciales. A unos y a otros se plantea de la misma forma la objetividad versus la subjetividad, que trataré a partir del problema de la **alteridad** y de las **dimensiones humanistas** de la disciplina.

Cuando se analizan temas relacionados con la marginación social, la organización asistencial, o los cambios de valores, estamos tratando problemas presentes en nuestro universo cultural, con los que estamos familiarizados y que pueden generar una fuerte preocupación en la opinión pública y en los medios de comunicación social. Puesto que se trata de problemas que son comunes a muchos países, el hecho de que sean analizados por antropólogos autóctonos o extranjeros no implica diferencias notables en la relación con el objeto de estudio. ¿Hasta qué punto se posee la distancia suficiente para alcanzar la objetividad necesaria? ¿No se corre el peligro de caer en una especie de "auto-antropología", que se limite a **reproducir el sustrato ideológico del propio universo cultural**? ¿Dónde está la alteridad necesaria para contrastar, interpretar, hacer teoría, en definitiva?

El problema de la alteridad es, de hecho, un falso problema. Cuando alguno de los antropólogos de Tarragona ha estado trabajando en periferias urbanas, con miembros de

sectas religiosas o con drogo-dependientes, la distancia social y cultural pueden ser considerables. En cualquiera de las cuestiones sociales que analicemos existen contrastes y diversidad, ya que la sociedad está segmentada y el antropólogo no participa de todos los segmentos sociales existentes. Es imposible medir el grado de alteridad (o de empatía) respecto a un tema o a un grupo social. Tampoco es demasiado importante hacerlo. Lo esencial es **bajo qué premisas** se realizan las investigaciones, **qué instrumentos analíticos** poseemos y **cómo se interpreta** la información recogida (Strathern, 1987). Más adelante volveré sobre ello.

Hay otro aspecto relacionado con la objetividad que quisiera tratar. Parece que al tratar problemas sociales en el propio contexto cultural las cuestiones de tipo moral adoptan una forma muy particular (Cheater, 1986). Esto resulta evidente en las investigaciones que estamos llevando a cabo en Tarragona, ya que la propia construcción del objeto de estudio revela unos determinados posicionamientos morales. Cuando Romaní analiza las drogo-dependencias, por ejemplo, e incorpora la dimensión comparativa, está relativizando la condena pública que nuestra sociedad hace de determinadas drogas (y no de otras), contribuyendo a su criminalización y medicalización. Una aproximación parecida adopta Prat, al estudiar las actuales sectas religiosas: considera en su estudio todo el conjunto de instituciones religiosas existentes (tanto las que poseen legitimidad social como las que no la tienen), a fin de establecer las causas estructurales por las que algunas de ellas son objeto de aislamiento y/o persecución. Pujadas, por su parte, analiza la inmigración en Cataluña, que es un fenómeno social con consecuencias particulares para la definición de la identidad catalana. El mero hecho de aplicar el principio del relativismo y de analizar las ideologías y prácticas en conflicto, entra en confrontación con las posturas políticas asimilacionistas, que niegan el valor de la diversidad cultural. Es prácticamente imposible que esta clase de posicionamientos no se produzcan, lo que podría considerarse una seria limitación a la objetividad. Se trata, sin embargo, de un falso problema, que fácilmente puede ser invertido: debería aceptarse, más bien, que **el humanismo forma parte de la propia constitución y naturaleza de la Antropología Social.**

En contra de esta idea puede argumentarse que el antropólogo que estudia una sociedad muy diferentes a la propia ("exótica" desde su punto de vista) se encuentra menos implicado con sus problemas sociales, ya que los analiza desde fuera y puede distanciarse de ellos tanto intelectualmente como físicamente. En tal caso, la práctica de la Antropología no tiene otras connotaciones que las puramente académicas, por lo que parecería estar en condiciones más adecuadas para hacer contribuciones a la teoría. Un recorrido mínimo por la historia de la Antropología demuestra que esto no es así. Se ha mostrado suficientemente el uso político de los materiales etnográficos y en el caso de los antropólogos norteamericanos, en concreto, esto se ha traducido en reflexiones abundantes acerca de los aspectos éticos de la disciplina (Fluehr-Lobban, 1991). Por otro lado, las monografías etnográficas son siempre subjetivas, ya que en ellas pueden reflejarse tanto las preocupaciones y personalidad del antropólogo, como los aspectos que la población indígena destaca como más relevantes (Leach, 1984, Mallart, 1992). Además, la propia creación de conceptos y categorías no es algo neutro. Cuando hace algunos años (y aún hoy) se hablaba de la "Antropología del Mediterráneo", por ejemplo, se estaba otorgando a esta área una unidad cultural muy discutible, pero que estaba cargada de significado en el contexto europeo, al asentarse en la distinción norte/sur. Finalmente, la propia perspectiva del relativismo trasciende las cuestiones puramente académicas y revela también el contenido humanista de la disciplina.

La Antropología reflexiva ha puesto a la luz suficientemente estas cuestiones, por lo que hoy en día resulta insostenible partir de una supuesta objetividad en abstracto (Clifford and Marcus, 1986; Rabinow, 1977; Reynoso, 1991).

Lo que ocurre al analizar el propio contexto cultural es que estos componentes humanistas aparecen de forma mucho más visible, porque son prácticamente ineludibles. Lo problemático es que la perspectiva adoptada por el antropólogo aparece como **una** de las posiciones posibles entre el conjunto de alternativas que aparecen en la sociedad. ¿Qué es lo que da legitimidad y validez a la visión del antropólogo? ¿Cuáles son las premisas para que sea un punto de referencia crucial para la lectura de los problemas sociales, en lugar de ser considerada como una perspectiva más, entre otras muchas? (Cheater, 1987). Considero que la clave de esta cuestión crucial se encuentra en dos aspectos básicos: el primero consiste en evitar caer en la trivialidad como resultado de un excesivo pragmatismo; el segundo radica en la necesidad de aportar contribuciones a la teoría. Son los dos aspectos que trataré en los próximos apartados.

SOBRE LA PRACTICA DE LA ANTROPOLOGIA

Una buena etnografía es un constructo que deriva de la observación y el análisis. La forma de investigar distingue claramente al antropólogo de otros profesionales. Una mirada cercana sirve para zambullirse en la sociedad que se estudia, para reconstruir las experiencias y percepciones de las personas, para **comprender**, en definitiva. Una mirada lejana es necesaria, en cambio, para analizar, para establecer comparaciones, para **interpretar**. Lévi-Strauss (1988) hizo esta distinción en su defensa del estudio de sociedades exóticas, aunque es pertinente de forma general para caracterizar la perspectiva del antropólogo, sea cual sea el tipo de sociedad que analice. Es importante tener presente estas dos dimensiones complementarias e irrenunciables, ya que es lo que asegura el rigor científico en la práctica de la Antropología y es también la principal aportación que el antropólogo puede hacer a un equipo interdisciplinario. Preservando la lógica de estas dos perspectivas puede evitarse lo que parece más problemático al tratar cuestiones sociales del propio contexto cultural, como es el peligro de caer en la trivialidad y, por tanto, de contribuir a un deterioro irremediable de las bases en que se asienta la Antropología, a una **des-antropologización**, en definitiva. Pero vayamos por partes.

Sería necesario debatir específicamente hasta qué punto el trabajo de campo, entendido en su forma más clásica (es decir, estancias prolongadas con el grupo que se analiza) es "el" instrumento de la Antropología. Si es así, las investigaciones que hacemos en Tarragona son bastante heterodoxas. En nuestros trabajos procuramos preservar, eso sí, las condiciones que permiten alcanzar un conocimiento del objeto de estudio y alcanzar descripciones etnográficas densas y precisas. La observación, junto a las entrevistas en profundidad y la reconstrucción de relatos biográficos constituyen las principales técnicas utilizadas. Destacaré el método biográfico, por cuanto ha sido aplicado recientemente con bastante profusión a distintos temas de análisis (Comas d'Argemir y otros, 1990; Funes y Romaní, 1985; Pujadas, 1992). Las unidades de análisis se delimitan de acuerdo con el problema a investigar, a partir del que se establece también el contexto social e histórico que resulta pertinente para la interpretación (Comelles, 1991). La cuestión es que, puesto que se analizan sociedades profundamente segmentadas, el trabajo de campo clásico no garantiza en

absoluto el ideal holístico de abarcar todo el conjunto social. Por ello, podemos ahora matizar que sí hacemos trabajo de campo, pero las características de la sociedad estudiada hace que el trabajo de campo sea segmentado, por cuanto se efectúa en determinados ámbitos y situaciones, seleccionadas por su pertinencia respecto al tema que se estudia.

Precisamente porque la perspectiva holística es inalcanzable, resulta difícil eludir la **interdisciplinariedad**. Esto implica reconocer que la Antropología no puede aportar una visión integral de todas y cada una de las dimensiones sociales. La interdisciplinariedad no consiste en el trabajo por separado de diversos especialistas, sino que idealmente implica un proceso dialéctico y puesta en común de las distintas perspectivas. En dos de las investigaciones que se han llevado a cabo recientemente desde Tarragona se ha contado con un equipo interdisciplinar. En el estudio de los procesos migratorios participan antropólogos, sociolingüistas y psicolingüistas. Se seleccionó una pequeña comunidad rural, convertida hoy en periferia urbana, donde la población inmigrada ha triplicado el número de autóctonos. Se trata, pues, de un contexto conflictivo y complejo para la construcción del sentimiento de pertenencia y para las relaciones de poder. El eje de análisis se centra en el valor instrumental y simbólico de las distintas lenguas que entran en contacto, como reflejo de las relaciones económicas y de poder que se imbrican en la definición de las identidades colectivas. El otro proyecto inderdisciplinar es sobre drogo-dependencias. Junto a los antropólogos colaboraron un psicólogo, un médico, un asistente social y un animador sociocultural. El propósito del proyecto era analizar los circuitos informales por los que circula el consumo de drogas. Tenía una dimensión aplicada, puesto que el conocimiento de estos circuitos informales había de facilitar la difusión de información de los centros de asistencia y ayuda. Aunque usualmente en los equipos multidisciplinares aparecen problemas conceptuales y metodológicos, en estas dos investigaciones no se dieron, o al menos no se dieron con intensidad. En el primer proyecto, los objetivos comunes se hallaban bien definidos y las contribuciones de cada disciplina supusieron un enriquecimiento y no un obstáculo para la visión del antropólogo. En el segundo dominaban claramente los planteamientos de la Antropología y los demás especialistas aportaban técnicas específicas para campos muy bien definidos, o bien trabajaban en las dimensiones aplicadas.

Otro aspecto implicado con la práctica de la Antropología en el propio contexto cultural se relaciona con las conexiones entre investigación y demanda social. A menudo el antropólogo es requerido para hacer estudios por encargo, especialmente por parte de instituciones públicas, entrando en concurrencia con otros profesionales (sobre todo con los sociólogos). La demanda social puede condicionar (o estimular, según se mire) las investigaciones, pero lo más problemático está en la forma en que el antropólogo plantea y resuelve el análisis de los temas propuestos. Me permitiré presentar mis propias experiencias al respecto, para comentar a través de ellas esta clase de problemas.

En mi trayectoria como investigadora mis intereses se han dirigido siempre hacia el análisis de las estrategias económicas y formas de relación en los grupos domésticos, habiendo hecho trabajo de campo tanto en comunidades campesinas como en poblaciones urbanas. Recientemente recibí dos encargos, de forma consecutiva, por parte los Ayuntamientos de Tarragona y de Reus en asociación con el Instituto Nacional de Empleo. Se trataba de analizar la situación sociolaboral de las mujeres en cada una de estas ciudades. La propuesta respondía a la preocupación de aquellas instituciones ante las dificultades de inserción laboral de las mujeres, que presentaban altos índices de desempleo. Puede decirse

que estos encargos han condicionado efectivamente mi actividad investigadora en los dos últimos años, llevándola hacia una temática que tal vez yo nunca hubiera escogido. Acepté por diversos motivos: era un tema que no se alejaba de mis intereses generales; influyó también que como persona, y como mujer específicamente, el problema me preocupaba también; además, cada proyecto permitía contratar a seis antropólogos sociales durante seis meses. Esto último fue tal vez el factor que más pesó, pues implicaba trabajo y experiencia para nuestros licenciados e implicaba por mi parte la obligación de dirigir unos equipos bastante amplios, que habían de trabajar de forma intensiva, pues existía el compromiso de presentar resultados en un período de tiempo limitado.

Si me refiero a esta experiencia es porque plantea aspectos pertinentes para lo que estaba tratando. En toda esta etapa, mi principal temor radicó en que un excesivo pragmatismo nos hiciera caer en la misma clase de trivialidades en que incurren otros profesionales al estudiar este tema, limitándose a cuantificar lo que ya se conoce y reproduciendo las opiniones de la gente en una jerga científica. Dicho de otra forma, me resistía a hacer un estudio que no tuviera un rigor científico mínimo y me resistía también a que los informes que redactáramos pasaran a engrosar la "literatura gris" de los despachos de los burócratas y políticos, sin otra compensación que los salarios recibidos a cambio. Pienso que en buena medida se pudo conseguir los propósitos que nos habíamos fijado, aunque sospecho que las instituciones que hicieron el encargo esperaban otra cosa. Por ello pienso también que el planteamiento por el que opté venía facilitado porque, al fin y al cabo, yo estaba arriesgando muy poco. Mi posición académica me proporcionaba un grado de libertad considerable, puesto que ni mi salario ni mi medio de vida dependían de estas investigaciones concretas. Esto hay que subrayarlo, porque cada año salen nuevos licenciados en Antropología Social, que no son absorbidos por el mundo académico y que son los que lógicamente han de realizar estos estudios por encargo. Y cuando la Antropología Social se sitúa en la competencia del mercado resulta difícil mantener el rigor científico necesario.

No hay duda de que otras ciencias sociales cuentan con medios más rápidos y espectaculares para obtener y difundir sus resultados, por lo que en términos de mercado es muy difícil competir con ellas. El peligro entonces es el de empezar a hacer renuncias de método, en favor de aproximaciones más superficiales y que los análisis cualitativos se sacrifiquen en aras a la presentación de los datos susceptibles de ser cuantificados. Considero un error caer en esta clase de opciones y desde luego, la disyuntiva no está en la confrontación entre métodos cualitativos y cuantitativos, sino en la prioridad que se les otorga. Los antropólogos no deberíamos hacer renuncias, sino, por el contrario, reivindicar el valor de nuestra forma de trabajo. La principal aportación del antropólogo al estudio de cuestiones sociales radica precisamente en su **aproximación cualitativa**, en su capacidad para hacer una **etnografía densa** y para desvelar la **lógica que subyace a los comportamientos sociales**. Ahí se encuentra la **eficacia** de la Antropología y sobre esta clase de eficacia hay que saber convencer (aunque reconozco que no es fácil). Si se privilegia el pragmatismo y se sacrifican los métodos de la Antropología para poder suministrar respuestas rápidas y concisas a la demanda social, no se hace más que poner los medios para ir hacia un proceso lento pero imparable de des-antropologización.

SOBRE LAS CONTRIBUCIONES A LA TEORIA

El peligro de una des-antropologización no procede sólo de un exceso de pragmatismo o del intento de emular los métodos de otras disciplinas renunciando a los propios. También puede producirse en el nivel de análisis e interpretación, en el que pesan también los condicionamientos impuestos por la demanda social, que privilegian la presentación de los resultados en un lenguaje inteligible y acorde con las grandes líneas que orientan las preocupaciones sociales por un determinado tema. No quiero referirme ahora a factores de tipo ético o ideológico, sino sólo a las consecuencias que poseen determinadas formas de análisis para la formulación de teoría y esto es más difícil de plantear.

A la hora de elaborar los resultados de un estudio concreto, podemos optar por presentar "hechos", reproduciendo así los rasgos sociales y culturales en la misma forma en que son recibidos. Esto en sí mismo es ya una seria limitación, porque la mera traducción de lo que se observa a un lenguaje científico no aporta nada nuevo, por lo que puede considerarse una trivialidad (Strathern, 1987). Presenta, además, dos problemas importantes para la elaboración teórica: el **confundir ideología con sistema** y el **convertir rasgos descriptivos en teoría**. Es evidente que toda investigación se basa en datos empíricos y que debe recogerse también las representaciones que las personas tienen de su propia sociedad. Pero para analizar y para explicar hay que trascender estas dimensiones y no limitarse a reproducirlas. Por ello es necesario también distinguir las **representaciones sociales** de las **categorías analíticas** que utiliza el antropólogo.

La investigación que he mencionado antes sobre la situación socio-laboral de las mujeres puede ejemplificar de nuevo lo que quiero decir. Normalmente este tema suele ser planteado desde la lógica del mercado de trabajo, que suministra los esquemas de interpretación dominantes. Simplificando la cuestión, la pregunta que usualmente se formula es por qué las mujeres "trabajan" tan poco, es decir, por qué su participación en el mercado de trabajo es más baja que la de los hombres y por qué tienen a veces actitudes fuertemente selectivas y moratorias, que dificultan en la práctica su inserción laboral. Si relativizamos el tema, también podríamos formular la pregunta a la inversa, planteando por qué las personas trabajan tanto: cuáles son los mecanismos por los que destinan tantas horas y esfuerzos a la vida laboral, restándolos del ocio y de la vida privada. No es así, desde luego, cómo planteé el esquema teórico de la investigación. Sólo he querido destacar en forma de paradoja cómo el discurso dominante a nivel social reproduce literalmente la lógica del mercado de trabajo. Y las ciencias sociales no se escapan tampoco de esta misma lógica: así, la situación social de hombres y mujeres es explicada por su adscripción mayoritaria al ámbito laboral y al familiar, respectivamente. Es cierto que algunas aportaciones (procedentes del feminismo) han permitido entender que la dicotomía trabajo/familia es un producto histórico del capitalismo, lo que ha contribuido a revisar críticamente el concepto de "trabajo". Pero tanto la percepción social del tema, como la mayor parte de perspectivas analíticas se asientan en el esquema ideológico dominante.

Estas consideraciones sugieren que la pura y simple presentación de "hechos" no hace más que reproducir los **lenguajes** a través de los que se expresan las relaciones sociales. Por continuar con el mismo ejemplo, no es que el binomio trabajo/familia no exista. Por el contrario, tal dicotomía expresa la forma de representación de las relaciones entre hombres y mujeres en nuestra sociedad y, por tanto, debe tenerse en cuenta. Lo incorrecto es

convertirla al rango de categoría explicativa, cuando se trata de un rasgo cultural que requiere él mismo de explicación.

A mi entender la falta de distancia respecto al objeto de estudio resulta especialmente problemática en el nivel de análisis e interpretación, ya que contribuye a que el antropólogo reproduzca su propios sistema cultural de significados, utilizando los mismos lenguajes en que se expresan. La autoridad de la Antropología sólo deviene posible si esto se trasciende, si es capaz de ir más allá de lo que la gente dice, si suministra un verdadero marco de interpretación. Para ello se debe evitar confundir las construcciones locales o indígenas, de las construcciones científicas de carácter globalizador. Esto supone ser rigurosos en el uso de conceptos y categorías, cosa que implica que el discurso científico resultante sea seguramente menos inteligible para el gran público que la mera exposición de hechos. Otra cosa es (y ello no está en contradicción) efectuar una tarea divulgadora, que considero también absolutamente necesaria.

Al mismo tiempo que veo problemas en el hecho de que la Antropología analice el propio contexto cultural del que ha surgido, estoy convencida también de que esto está resultando crucial para la renovación de la disciplina y está suministrando ya importantes elementos para sus bases epistemológicas. Me limitaré a apuntar algunos de los que me parecen especialmente relevantes y que están saliendo a la luz a partir de las nuevas preocupaciones sociales que se van generando.

Uno de estos aspectos es cómo tratar la **diversidad cultural**. Esta es precisamente una de las piezas claves sobre la que se ha construido la Antropología Social y sus distintos enfoques teóricos. En estos momentos se están planteando nuevas situaciones, que afectan directamente a las sociedades en que vivimos y que ponen de manifiesto una vez más aquella dimensión humanista de la Antropología. Los procesos migratorios, el asentamiento de nuevas minorías étnicas, los brotes de racismo, o el estallido de los nacionalismos obligan a abordar de nuevo el tema de la diversidad. Tal como señalan Goddard et alii (1992), el relativismo sólo puede proporcionar una solución temporal y superficial, ya que no sólo puede conducir a una exotización del "otro", sino que puede contribuir incluso a legitimar determinadas prácticas, tanto a nivel privado (la violencia contra los niños, por ejemplo), como a nivel público (las legislaciones reguladoras de la inmigración extranjera). La cuestión es cómo reconocer la diferencia y la especificidad cultural sin facilitar ni legitimar la opresión. Los antropólogos han de dar una respuesta a este tipo de problemas, lo que implica **reformular de forma crítica las perspectivas sobre la diversidad**.

Otro aspecto importante se relaciona con la necesidad de revisar los contenidos de algunas categorías analíticas. Cuando hablamos de familia, de nación, de sociedad, de comunidad, de individuos, de relaciones, o de sistemas, nos referimos a distintos niveles de abstracción que nos representamos como **totalidades**, como conjuntos unitarios y delimitables. El análisis de problemas sociales contemporáneos está imponiendo, en cambio, la idea de **fragmentación**. Formas de marginación y subordinación importantes se vinculan a determinados grupos étnicos. Las diferencias de género o de raza cruzan las clases sociales, multiplicando los criterios de segmentación, y muchos de los problemas sociales más graves están asociados a estas distintas formas de división social. Un eje importante de reflexión es, pues, cómo **unidad y fragmentación** se integran como componentes indisociables de unas mismas realidades. En todo caso, esto obliga a revisar unas categorías analíticas que se

hallan ampliamente difundidas, para incorporar en ellas esta idea de fragmentación. Y si hay "partes" o "fragmentos" y hay interpenetración entre ellos, hay que pensar también en que los límites de aquellas categorías son mudables y difusos. Es una concepción que se aleja bastante de la vieja idea del **holismo**, que es necesario replantear también, para no perder justamente la noción de integración entre los distintos elementos que socialmente se perciben como separados y autónomos.

Finalmente, la observación y análisis de los problemas sociales obliga a reconsiderar la relación entre **estructura y sentimiento**. La Antropología Social ha tendido a privilegiar el papel de las estructuras sobre los componentes emocionales del comportamiento individual. Puede decirse ahora que esta dicotomía entre lo "personal" y lo "social" es ficticia. La construcción social de la persona no es independiente de la manera en que se expresan las relaciones de poder, por ejemplo. La entrada en la arena política de grupos oprimidos, antes mudos o silenciosos, ha revelado cómo los fundamentos de la opresión no se concretan sólo en las estructuras sociales o políticas, sino también en las relaciones interpersonales. De esta forma, lo "personal" se coloca en el centro de lo político (Goddard and alii, 1992). Las emociones, por su parte, se hallan en el centro mismo de la reproducción social, como muestra el que canalicen las formas de soporte y de cuidado, a través de las que se resuelven las situaciones de dependencia personal por las que pasan las personas en distintos momentos de sus vidas. El sentir nacionalista, o las confrontaciones étnicas, por ejemplo, están impregnadas también de aspectos emocionales que se escapan a la lógica de las estructuras, cosa que les hace ser fácilmente manipulables. Se plantea, pues, otra clase de reto, consistente en la necesidad de considerar **el sentimiento como un elemento constitutivo de la identidad y de la vida social**. El análisis de cuestiones sociales de distinta naturaleza enfrenta a la Antropología con nuevas y fructíferas fuentes de reflexión, que pueden enriquecer sus fundamentos epistemológicos.

Tarragona/Londres, junio de 1992.

BIBLIOGRAFIA

CLIFFORD, J. and MARCUS, G.E. (eds.)
1986 Writing Culture. The Poetics and Politics of Ethnography. Berkeley. University of California Press.

COMAS D'ARGEMIR, D. i altres
1990 Vides de dona. Treball, família i sociabilitat entre les dones de classes populars. Barcelona. Alta Fulla.

COMELLES, J.M.
1991 L'hospital de Valls. Assaig sobre l'estructura i les transformacions de les institucions d'assistència. Valls. Institut d'Estudis Vallencs.

CHEATER, A. P.
1986 Social Anthropology. An Alternative Introduction. London. Unwin Hayman.

CHEATER, A. P.
1987 "The anthropologist as citizen: the diffracted self?", in: JACKSON, A. (ed.), Anthropology at home. London. Tavistock. Pp. 164-179.

FLUEHR-LOBBAN, C. (ed.)
1991 Ethics and the Profession of Anthropology. Philadelphia. University of Pennsylvania Press.

FUNES, J. y ROMANI, O.
1985 Dejar la heroína. Vivencias, contenidos y circunstancias de los procesos de recuperación. Madrid. Cruz Roja Española.

GODDARD, V. et alii.
1992 "From the Mediterranean to Europe: Anthropology and the Case of Gender Relations". Paper presented in the Conference "The Anthropology of Europe: 1992 and After". Centre for Research into European Identity and Policy. Goldsmiths' College. University of London.

LEACH, E.
1984 "Glimpses of the Unmentionable in the History of British Social Anthropology", in: SIEGEL, B. et al. (eds.) Annual Review of Anthropology. Palo Alto. Annual Reviews.

LEVI-STRAUSS, C.
1988 De près et de loin. Paris. Editions Odile Jacob.

MALLART, Ll.
1992 Fill dels evuzok. Barcelona. La Campana.

PRAT, J.
1985-86 "Trenta anys de literatura antropològica sobre Espanya", Arxiu d'Etnografia de Catalunya (Tarragona), 4/5.

PRAT, J.
1991 "Teoría-metodología. Estudio introductorio", en: PRAT, J., MARTINEZ, U., CONTRERAS, J. y MORENO, I. (eds.), Antropología de los pueblos de España. Madrid. Taurus. Pp. 113-140.

PUJADAS, J.J.
1992 El método biográfico. Madrid. Centro de Investigaciones Sociológicas.

RABINOW, P.
1977 Reflections on Fieldwork on Morocco. Berkeley. University of California Press.

REYNOSO, C. (ed.)
1991 El surgimiento de la Antropología posmoderna. Barcelona/México. Gedisa.

STRATHERN, M.
1987 "The limits of auto-anthropology", in: JACKSON, A. (ed.), Anthropology at home. London. Tavistock. Pp. 16-37.